

## JESUS URUETA.

*Se siente planar sobre la tierra bajo una cúpula de  
estrellas llevando el ensueño de la inmortalidad en el  
corazón.*

FEDERICO NIETZSCHE.

*Podemos considerar la naturaleza, en su conjunto,  
como un desenvolvimiento graduado desde la existen-  
cia puramente ciega, hasta el pleno conocimiento de  
sí propio, el hombre, en particular, ofrece el ejemplo  
más notable de este progreso.*

RICARDO WAGNER.





Acaso han visto los murmuradores á través de nuestros elogios el villano anhelo de verlos correspondidos con rédito usurario en algún papel de letrina redactado por esos preciosos ridículos que tienen el parencéfalo repleto de la materia que entra la manoseada palabra de Cambro-ne....?

Osaría alguno de esos tales negar que hemos tenido en todos los tiempos, en todas las circunstancias, el valor de permanecer solitarios en los críticos momentos en que los escritorillos cortesanos cegados por la luz artificial de la gloria imaginaban de buena fe que sus antiestéticas jorobas de dromedarios nacerían las arcangélicas alas del Pegaso....?

Alguna vez hemos ido á pedir los consejos de Quintiliano al solio de cartón dorado de cualquiera de los muchos genios no comprendidos que cual señores feudales rodeados de su corte de escritores ranas presumen ser los árbitros de las literaturas como el autor del Satiricón lo era de las elegancias en la corte del Enoharbo reblan-decido....?

1. Hemos admirado siempre á los admirables.

2. Creemos que las más hermosas exaltaciones del ánimo se experimentan al ensalzar con el amoroso entusiasmo que proscriben las envidias á los que llevan en el centro de su cráneo el diamante del talento tallado en todas sus facetas por el omnipotente cincel de la cultura.

El panegírico es una ofrenda que debe caer desfallecida de amor en el patricio plinto donde un raro se arrodilló contrito á orarle á la belleza.

Jesús Urueta igual á los que le han precedido en nuestros peanes es un intelectual de mérito indiscutible.

Por eso nos ocupamos de él con una admiración tan entusiasta.

Por eso nos ocupamos de él con una devoción que sólo podrán aquilatar en su íntegro valer aquellos que sean capaces de venerar las cosas sublimes con una beatitud encumbrada por encima de todas las ambiciones utilitarias de la tierra.

Creemos que el artista excelso de quien nos ocupamos es el huevo de oro de un genio que tal vez hará hūero el ambiente de zahurda que se respira en el país.

Nada nos importa que el eco de esta afirmación ahúyen enseñando sus caridosos colmillos todos los perros de Anópolis....

Cualquiera que á la bochornosa siesta de una tarde canicular se encaminase hacia el vetusto palacio de la Justicia, para asistir por estudio de costumbres, ó, por entretenimiento de mal gusto, al paralipómeno de alguno de esos dramas, del alcohol, del hurto, del puñal, que con tan aterradora frecuencia se verifican en las sentinas donde se envilece nuestra gleba, vería instalarse en



el pupitre del acusador público, á un joven, vestido con sencillez, de mediana estatura, de frágil economía, pálido como Hortensio, un tanto cargado de espaldas (como si los hombros no fuesen suficientemente vigorosos para soportar el peso de la ossiánica testa) que portaba bajo el brazo no un mamotreto de pandectas, no una paratitla garabateada de sentencias del Digesto, sino, uno de esos libros, en cuarto menor, de pasta amarilla, de títulos negros que semanariamente llegan con las parisinas novedades á los anaqueles de Budin para excitar la curiosidad de los hombres de letras.

El más trivial observador habría notado á la primera impresión de su retina que aquel no era el lugar del prosista mexicano.

Discrepaba su presencia en la negrura del salón.....

Era un pájaro del paraíso aprisionado en la jaula de los gavilanes juristas.....!

Al destacarse sobre el fondo penumbroso de los muros se autojaba un magnífico modelo para un estudio de Whistler ó una acuarela de Jacquemart.....

La frente muy amplia, prominente, tirando á napoleónica, rematada por una voluta de finísimo cabello castaño, con dos ó tres arrugas, bosquejadas, melancólicamente viril, como la de Demetrio Aurispa, precedía á la bóveda de un cráneo desarrollado con el vigor necesario para conte-

ner en su interior sin agrietarse el estallido de todas las centellas de un exaltado pensamiento.....

La nariz epicúrea con los signos característicos del sensualismo remataba bajo sus hambrientas fosas en un pequeño bigotillo cuyas cortas guías florecían pálidamente en oros otoñales y en ápices de eléctrico.....

Eran sus ojos, caprinos, abultados, fosfóreos, de un verdor carbuncal, translúcidos, con mucha niña, de expresión un tanto felina, taciturnos, fulgurantes, nigrománticos.....

Como opalescentes flamas que ardiesen en la cápsula de una tuberosa tumbada sobre los negros terciopelos de un túmulo templario.....

Era uno de los hombres de ojos verdes del poema en prosa de Cárlos Baudelaire.....

Abstraído en una divagación infinita contemplaba la torre aérea que se erguía del intermitente tizón de su cigarro hasta disolverse en las ondas de la atmósfera viciada dejando como postrimeros restos de su fantástica arquitectura unas cuantas pinceladas de humo cuyo blanco y ledo vuelo rasguñaban las ráfagas del viento con sus garras invisibles.....

Era muy triste el sol que encajaba sus rayos en forma de hojas de espadas por las irregulares roturas de los vidrios empañados....

Era muy triste el guñapo de cielo que se colubraba por las ventanas de negros barrotes..



Era muy triste aquel galerón obscuro como una inmensa sepultura tapada con las alas fatigadas de la muerte. . . .

Era muy triste la historia del delincuente posado en el banquillo. . . !

En el instante en que el alma peregrina del poeta oscilaba voluptosamente en los azules edenes del ensueño preparándose á emigrar (paloma enamorada) á los minaretes de alguna entrevista Visapur sonaba la bronca voz del juez que le ordenaba hablar en nombre de la ley.

Levantábase con aburrimiento visible.

Abordaba la mugrienta barra de la acusación social.

Luego de permanecer un instante pensativo, incoaba pausada, sobriamente, el exordio, haciendo que sus metálicas palabras comenzasen á descubrir luminosas parábolas en los ámbitos del salón.

El silencio de los oyentes era respetuoso.

Se hacía el prodigio. . . !

No era un abogadito vulgar de esos que se ven todos los días alardear de sapiencia con los viejos moldes papinianos.

No era un circulador de la moneda falsa del talento.

No era un misticador de papanatas como tantos que dados los ejemplares políticos que tenemos harán buena carrera y llegarán á ser ministros.

Era un tribuno que había refrescado su mente á los vientos etisios bajo las seculares higueras del jardín ciceroniano.

Era un magno tribuno con nervios de férrea envergadura.

Un tribuno poeta: Abelardo, Chatham ó Verginiaud. . . .

De los labios ninfeos de aquel mozo que momentos antes se abandonaba en la silla con ecuanímica indolencia, brotaba la palabra, escultural, eléctrica, viril, incrustada de diamantes, hecha cláusulas sonoras, interpretando un verbo sapiente, nuevo, inspirado en ágiles figuras, en musculosos excursos que culminaban generosos y límpidos cual musicales rumores de lejanas campanas de plata tocando á arebato. . . . .

A medida que desarrollaba las teorías el orador su dialéctica crecía tomando aquíleas proporciones.

Se ensanchaba con impulsión gigantea difundiéndose como la claridad exaltada de un astro que iluminara todo el ensombrecimiento del orbe en una tormenta en que las nubes bramaran como leonas parturientas.

Se agigantaba posesionándose de la conturbada multitud por gradaciones ascendentes hasta hacerla reventar las válvulas de la compostura para estallar al fin ebria de entusiasmo, á pesar de la prohibición legal, en gritos, en palmas y en exclamaciones.



Los períodos adquirirían sonoridades wagnerianas.

Las ráudalosas metáforas se enfloraban de vocablos épicos.

Al poderoso esfuerzo sugestivo del tribuno herían el oído por igual manera el suave ritmo de los salterios de los ángeles en la aurora del génesis que los truenos apocalípticos en la hora de las divinas venganzas.

Sabía como ninguno encontrar la palabra fuerte, la palabra, que, es amor cuando conmueve, rayo cuando castiga, éxtasis cuando evoca, y, poesía, santa poesía, cuando exhala fulguraciones al conjuro de un apóstrofe luminoso é ilustre como el corazón de una amatista cesárea. . . . .

Era allí un ilusionista del talento que hacía desfilar ante los ojos atónitos del auditorio fastuosas cabalgatas.

Su lógica, rotunda, neta, matemática, compacta, sin fisuras, templada por la poderosa vibración de unas arterias, convulsas, como las cuerdas de una arpa babilónica, hacía pensar en las escuelas de Atenas, en las de Jonía, en el estilo, en la toga desplegada de Ciceron fulminando á Clodio desde la rostra de las arengas decorada con proras de navíos de que habla Tito Livio. . . .

Se indignaban los viejos licenciados.

Cómo rebatir á ese orador que parecía haber salido del cerebro de Júpiter. . . . ?

Cómo detractar á ese Telémaco descifrador de los problemas de Minos. . . . ?

Con razón el público asistente á los procesos lo miraba poseído de pavuras.

Acaso en aquellas ensombrecidas cabezas germinaba una idea antagónica á la de las buenas comadres de Rávena al contemplar á las márgenes del Arno la roja túnica talar del taciturno visionario de la teológica trilogía.

—Ese hombre va al infierno. . . . !

Cuando con motivo de alguna conmemoración solemne llevaba á la sala una alocución estudiada triunfaba sin trabajo de los demás oradores.

Los estultos le suponían simbólico y luciferiano.

Los poetas populares (¡oh galápagos!) atormentando el rostro con un gesto que podría interpretarse como el rictus de la imbecilidad pronunciaban con medroso tono la palabra sangrienta.

—Decadente. . . . !

Los literatillos castizos que para conseguir que sus nombres se mencionen en gacetillas no vacilan en cometer todas las bajezas tachábanlo de culteranismo.

Los envidiosos se indignaban porque adolecía del imperdonable defecto de tener demasiado talento.

Los moderados propalaban que era violento ignorando acaso la fórmula de Hugo en que afir-



maba el divino viejo que ser fecundo es ser agresivo.

Jesús Urueta bajaba los escalones de la tribuna como un semidios después de haber sido holocaustizado en el apoteosis.

Las palmadas detonaban.

Los pañuelos como alas de palomas se agitaban. . . .

El himno canoro de la victoria vibraba acallando con sus júbilos los silbidos de las víboras que siempre se enderezan en torno de los ilustres.

Este poeta que tan grandes prodigios puede realizar en la lírica no ha intentado nunca rimar dos consonantes ni ha procurado jamás encajar en los eslabones de plata de la métrica la calenturienta cesura de un yambo evocador.

Su prosa, sinfónica, alucinante, impregnada de nobles melodías, con plasticidades helénicas, plétorica de savias, llevada al más alto rebrunimiento, no ha tenido hasta hoy manera de esplender en una obra completa, en una novela, en un poema, en una crítica de vuelo. . . .

Esa pereza es muy de lamentarse al considerar que ha logrado vencer todas las rebeliones del trozo no rimado hasta darle sosegadas nitideces y serenísimas tenuidades de sonido.

Su técnico cincel debe esculpir los símbolos en bloques de severo pórfido.

No le perdonaremos sus contemporáneos que al acabar la jornada de la vida transponga las

ondas del espacio sin dejar una obra de arte digna de avalorarse como un testamento literario.

Ningún secreto de la gran ciencia de escribir le es desconocido.

Se arriesga al análisis psicológico con el valor del investigador que prescindiendo de insubstanciales sentimentalismos anhela extraer una gema de visos nuevos del fondo del alma humana.

Clava el bisturí analítico sin alardear osadías de operador presuntuoso, haciendo con él, la disección íntima de un espíritu en la evolución de su perfeccionamiento psíquico, con la tranquilidad de los equilibrados que terminan sus experimentos sin ensangrentarse las manos como hacen los analistas de ocasión que lo mismo destrozan almas que degollarían marranos en cualquier cochinería de Kansas ó Chicago. . . . .

Ha visto á la mujer, á la eterna Melusina, como un sapientísimo libertino, con todo el sensual epicureísmo de un exquisito de la escuela de Gabriel D'Annunzio, pero, al tratarla en romance como expediente de ritualidades transcendentales no afemina sus observaciones ni deprava los instintos genésicos con las voluptuosidades matoides y las desenfrenadas extravagancias carnales de que tanto gusta el divino estilista italiano.

Es naturalista cuando quiere, trabajando en los casos que ve, con el conocimiento, científico, experimental, filosófico, de un aplicado alumno de Emilio Zola, pero, sin caer en la rudeza ingénita



del apóstol de la combatida escuela, sino, atenuando las situaciones brutales, los extravíos de la bestia, con los colores ardientes de su opulenta paleta de pintor y los delicados matices de su mágico pincel de colorista.

Quiere eso decir que sea un imitador...? :

En modo alguno!

Jesús Urueta posee un espíritu excesivamente original.

Como el mitológico poeta de las Metamorfosis ha recibido de la musa una pluma arrancada á las alas del Amor.

En su personalidad literaria hay fibras simpáticas á todas las revelaciones emotivas internas que pueden vibrar sin esfuerzo en la imagen y en la forma perdurable.

Es un vidente que ha palpado con sus dedos el velo ingravido de la buena Isis.

Un torvo aristócrata enamorado metafísicamente de una mujer con peplum de ténue museлина blanca.

El incubo de una amante fantástica nimbada de hechizos y sonrisas rojas.

El señor de una esclava de miradas luzbelina.

El dueño de una mujer que lleva en su calcañal las huellas de los colmillos de la serpiente paradisiaca augurando bajo los pliegues del enciclon las aristocracias de un cuerpo formado con bellezas únicas desde el tarso del egregio pie

hasta el plano de la frente circuido por una cabellera con esplendores febeos.....!

El esposo de una consorte de liliás manos, de erectos senos, de láctea carne, de cráneo de marfil y de esqueleto de oro.....!

Cultivador de un jardín más misterioso que el de Armida, gambusino guiado por los genios propicios á los ricos filones mentales donde corusca en ardientes zigzagueos el oro milagroso, pescador de perlas en los mares encantados donde lloran proscritas, las sirenas, demoniaco, blasfemo, esotérico, refinado, enfermo también, de la locura astral, de la demencia luminosa de Asunción Silva, unguido en todos los unguentos, probado en todos los crisoles, caldeado en todos los fuegos, el dionisio cerebral, ha llegado, poseído de celestes entusiasmos, hasta el dolmen del bosque sagrado, donde la absoluta inspiradora de las melancolías inmortales, habita, sonámbula, como Velleda, opacando con su canción beatífica los agrios ritmos de las flautas panidas moduladas en los tréboles por los sátiros obscenos....

Hemos notado en algunos de sus escritos cierta tendencia á las doctrinas socialistas atemperada por un dejo de pesimismo de salón muy natural á nuestro entender en un literato de su cultura, de su genialidad y de su fuerza

Como creemos conocerle más de lo que él se imagina no juzgamos aventurado afirmar que nunca será un amigo sincero de los ultrajados



por los errores de las atentatorias instituciones que rigen impuestas por las plutocracias obs-truccionistas en las desquiciadas sociedades mo-dernas.

Es demasiado indolente.

Dormita beodo en el lecho de rosas de Esinin-drido.

La vida ha tenido para él todas las sonrisas.

Los amores concupiscentes, las adulaciones ser-viles, los triunfos fáciles, las vanidades superfi-ciales, han empalagado sus ideas, amenazando malear su carácter, hasta hacerlo relapso para el arte, hasta convertirlo en un epicúreo afeminado inepto para el trabajo para la piedad y para el combate!

Muchas veces con tristeza infinita lo hemos visto beneficiar el sebo de sus amigos ricos para fabricar las velas que alumbrarán el tenebrario de sus ideas cuando deje de tener talento. . . . .

Muchas veces con tristeza infinita hemos oído retumbar su voz en las veladas literarias cursis del mismo modo que suenan los rugidos de los leones desdentados en las jaulas de los circos trashumantes provocando las exclamaciones de los párvulos y las niñas.

Muchas veces con triteza infinita lo hemos vis-to abatir su testa diademada de estrellas á los piés de los magnates apandados por su egoismo, imitando así las transacciones viles de Petronio con el César bestializado. . . . .

Ese matiz de su conducta es imperdonable en un hombre dotado por la naturaleza con las cua-lidades necesarias para hacer practicables las ver-daderas virtudes.

Debe sacudir su desidia levantándose altivo y arrancando de sus músculos enfermos los espa-radrapos que los entorpecen.

Ahora es tiempo.

Mañana será tarde.

No olvidamos la última ocasión en que unos cuantos estuvimos con el artista próximo á par-tir.

La cita fué en la vivienda feudal de Jesús Va-lenzuela.

Acudieron á ella los entonces íntimos.

Después del almuerzo en el que abundaron en-tre las estrofas de los poetas lo mismo que los brándis llenos de felicitaciones para el admirado viajero fuimos al campo á retozar en los grama-les pringados de violas estivas como si fuésemos una caterva de estudiantes en asueto.

Aún miramos á Leandro Izaguirre saltar con la rara agilidad de un cabro montaráz sobre las lavas del vecino pedregal esmaltadas de líquenes y erizadas de cardones. . . . .

A Balbino Dávalos caminando preocupado con su aspecto de sabio pensando tal vez en un incu-nable ó en alguna anciana Lisistrata. . . . .

A Jesús Valenzuela que con la picardía del vie-jo Pirrón refería cuentos verdes á Rubén Campos



que cautivado por la charla del gárrulo poeta olvidaba á las diosas de Ovidio y á los sátiros de Teócrito. . . . .

El sol moría acuchillado por los estratos pomentinos. . . . .

Sangraban los últimos resplandores diurnos sirviendo de fondo á una carga de oscuros nubarrones que huían abismándose como escuadrones derrotados. . . . .

Las estrellas del septentrión fulguraban cerúleamente sobre el negro capelo que á manera de una ámpula inmensa se levantaba del enorme circo de montañas. . . . .

Comenzaban á estridir á la sordina entre el convulso temblor de las yerbas los violines de los grillos alumbrados con angustia en su estridente serenata por las efímeras lámparas de las luciérnagas. . . . .

Silbó á lo lejos la locomotora. . . . .

Pitó, dolorosamente, largamente, como un perro que ahullara su horfandad en el desierto para aparecer después sobre la vía cual una fugitiva serpiente de luminosas vértebras. . . . .!

Entonces . . . . .

Las risas alegres callaron.

Los epigramas diabólicos agonizaron en los labios violentamente contraídos. . . . .

Y en pleno desorden, en un verdadero sálvese el que pueda, corrimos á la estación. . . . .

Alberto Leduc tomándonos del brazo murmuraba á nuestro oído diabólicamente:

—Gosse, yo se lo que te digo, esto se acabará pronto, las primeras piedras del desplomamiento comienzan á caer, prolongando el cataclismo, las parábolas de Marx, de Bakounine, de George, de Dostoyuski, de Reclus, de Grave, de Kropotkin, de Cornelissen, generarán muchos vengadores, como Kammerer, Ravachol, Vaillant, Henry, Caserio, Hoedel, los palacios de los burgueses, retiemblan agrietados porque el problema del dinero se va á resolver muy pronto en una hecatombe horrorizante. . . . .

—En efecto. . . . .

—Gosse, l'avenir est á nous. . . . .

Llegamos jadeantes. . . . .

En la obscura lejanía sonaban aún debilitados por la distancia los violines de los grillos alumbrados con angustia en su estridente serenata por las efímeras lámparas de las luciérnagas.

Sin saber cómo nos hallamos al lado de un poeta en el mismo compartimiento.

Qué misteriosa pesadumbre se apoderó de los dos haciéndonos callar. . . . . ?

Qué espantoso silencio pasó sobre nuestros rostros que ardeñan una cosa helada como la mano de un muerto. . . . . ?

Qué trágicas palabras soplaba alguno á nuestro lado, atormentándonos la médula como con la punta de un puñal encandecido. . . . . ?



La deprimente mansedumbre de aquella tarde hurafía presagiaba catástrofes para los que olvidados quedábamos en la inmunda cafrería. . . . ?

Estáramos condenados á permanecer estacionarios hasta el advenimiento de un desastre del que no sobrenadarían ni los más románticos ensueños. . . . ?

Era esa conturbación de nuestras almas el relámpago heraldo del desaliento que agobia las fuerzas como el rayo. . . . ?

Mientras tanto el musculoso artista emigraba á Corinto. . . .

Como el albatro del torvo poeta galo no sabía caminar sobre la cubierta de un bajel que podrían aniquilar en infaustos naufragios los tifones de la vida. . . .

Necesitaba toda la expansión del orbe para abrir sin temor las poderosas alas. . . . y . . . . volar. . . . volar. . . . !

Y nosotros. . . . ?

¡Encenderíamos un faro en medio del eclipse!

## ALBERTO LEDUC.

*Hay casos en que nosotros los psicólogos somos como los caballos.*

*Nos llenamos de inquietud porque vemos oscilar delante nuestra sombra.*

*El psicólogo debe apartarse de sí para observar.*

FEDERICO NIETZCHE.

*La investigación sobre la vida interior y moral debe funcionar paralelamente á la de la vida exterior y social.*

PABLO BOURGET.